

¿A dónde irás
cuando mueras?



Desde muy temprana edad practiqué la religión católica y concebía a Dios como la práctica de los sacramentos. A los 11 años ya había sido bautizado y confirmado, había hecho la primera comunión, comulgaba todos los domingos, asistía a un grupo de jóvenes, iba a campamentos y retiros, y conocía algo de la Biblia.

Yo pensaba que si me portaba bien podría alcanzar el cielo, pero vivía con la zozobra de irme al infierno porque no era capaz de portarme como lo exige la santidad de Dios. Entonces me confesaba y poco después de salir de la iglesia me sentía igual de sucio que antes. Así que dejé ese tema de la religión y decidí fijar mi mirada en el éxito que el mundo ofrece. Opté por ser médico y la autosuficiencia fue mi estilo de vida.

En 2003 me casé y dos años después nacieron mis hijas. Se supone que debía sentirme muy feliz, puesto que tenía la familia perfecta, una profesión, y una posición social, pero no fue así. Era necio en mi propio entendimiento, orgulloso y soberbio. Así viví durante 43 años de mi vida.

Para el año 2020, en medio de problemas en el hospital, una demanda judicial por el trabajo y la pandemia, cada día veía cómo la gente se moría y tenía

miedo de morir. En enero de ese año mi esposa fue salva y empecé a notar que ella había cambiado mucho, pero no entendía su comportamiento. La veía leyendo la Biblia y le decía: “¡Deja de leer eso! Te está haciendo daño”. Mis hijas también fueron salvas a mediados de ese año y las tres fueron muy pacientes conmigo. Al final fui ganado con su testimonio (1 Pedro 3.1-6). Mis hijas me decían: “Papá, cuando mueras ya no podrás estar con nosotras en el cielo, porque no eres salvo. ¿A dónde va a ir tu alma cuando mueras?”.

Finalmente, yo también empecé a leer la Biblia con ellas. Nadie nos tocó la puerta, ni nos llevó un calendario o una invitación; sólo estábamos nosotros en la casa. Para este entonces yo pensaba que ya era un creyente, por leer la Biblia. Pero durante esas lecturas me encontré con Juan 11.25-27: “Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto? Le dijo [Marta]: Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo”.

Yo no era capaz de responder como Marta, y me di cuenta de que estaba perdido, que vivía alejado de Dios y que

si moría me iría al lago de fuego. Ese era mi destino, porque estaba muerto en mis delitos y pecados. Dios me hizo ver mi condición y entendí que soy un pecador. Sin embargo, también entendí que “la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1.7), y que en Él “tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia” (Efesios 1.7). Así, en diciembre de 2020, fui salvo por su gracia. Es mi oración que usted también, si aún no es salvo, experimente el perdón, la misericordia y la salvación.



Daniel Maqueo



Publicaciones Pescadores
publicacionespescadores@gmail.com